

LA VULNERABILIDAD TRAS LA RISA

Arely Domínguez G.

“On ne joue pas à être clown, on l’est”,
Jacques Lecoq.

La figura estereotípica del payaso está profundamente relacionada con la comedia, los bufones de la Edad Media eran parte de la corte y su misión era procurar la diversión del rey a través de una serie de habilidades artísticas, como malabares, pantomima, acrobacias, representaciones burlescas y el uso de máscaras, ganándose así la cualidad simbólica de la felicidad y la risa.

En el siglo XVI el personaje se adhirió a distintos escenarios colectivos y tuvo un lugar predominante en la *Commedia dell'Arte* italiana. El payaso pasó de ser astuto e



irónico a tener una personalidad más emotiva gracias a la interpretación del afamado Jean-Gaspard Debureau, quien lo transformó en un ente taciturno, melancólico y que padece de amor no correspondido. Así nació Pierrot, un payaso de cara blanca y maquillaje negro destinado al fracaso.

Este símbolo fue explotado en diversas áreas, por ejemplo en la ópera *Pagliacci*, escrita en el siglo XIX, un drama de dos actos donde los personajes se ven envueltos en infidelidad, celos y muerte; o *Limelight (Candilejas)*, película de Charles Chaplin, donde su personaje Calvero, un payaso desahuciado, le salva la vida a una bailarina antes de morir en la miseria, mostrándonos que nada es más patético y conmovedor que un ser cuyo trabajo es hacer reír a otros mientras tiene el corazón destrozado. Poco antes, en 1927, inspirado en una obra de teatro que había sido un éxito en Broadway, se había estrenado el primer largometraje sonoro, *The Jazz Singer (El cantante de jazz)*, dirigido por Alan Crosland, en la que el protagonista, Al Jolson, salía a escena como un clown con la cara pintada de negro, como buen cantante de jazz. En los años 80, Steven King llega a la fama con su novela *It*, el significado del payaso mutó y se convirtió en personaje que encarna el mal, los rasgos se volvieron exagerados y la vestimenta colorida para enfatizar el absurdo. Este símbolo también fue retomado en un sinnúmero de productos mediáticos, entre los ejemplos más icónicos están el Guasón, archienemigo de Batman, cuya maldad raya en la demencia; y Mr. Jelly, el payaso que odia a los niños y conduce una carroza fúnebre, de la famosa serie británica *Psychoville*.

A partir de 1956, con la escuela de Jacques Lecoq, las artes escénicas buscan retomar la figura del payaso y desprenderla de todos estos estereotipos para crear en una técnica que glorifique la observación de la vida, el arte de la aceptación, el placer y la sinceridad, creando un personaje que, para existir, requiere de una pureza infantil y de una vulnerabilidad apabullante: un *Clown*. El *Clown* se aleja de su traducción literal “payaso”, para no adquirir todos los estereotipos y símbolos que se le han dotado en Latinoamérica. La organización Inhala, avalados por la Escuela Mexicana de Clown y expertos en este arte



aplicado no sólo a los escenarios, sino a la cotidianidad y a la salud empresarial, lo definen así: “El clown o payaso es un ser humano que comparte su visión del mundo a través del humor, busca hacer reír y detonar emociones en su audiencia a través de una técnica específica en la que se muestra con toda su vulnerabilidad y su absurdo. Abraza el accidente y el error a través de los cuales provoca la risa, la alegría, y el asombro”

La generosidad es la esencia del clown, él repetirá sus errores para provocar la risa, aunque eso signifique caer en su propia desgracia. Negándose a hacer reír desde la arrogancia buscará entregarse en su totalidad para sucumbir de gozo al hacer felices a los demás. No usará maquillaje, ni ropa chillona, peluca o zapatos gigantes, pues deformar su imagen humana y sencilla le restaría complicidad con el público, el clown hace reír a partir de su alma, sus temores, sus debilidades y su inocencia, no de la ridiculización de su imagen.

Para entrar a este estado clownesco el actor llevará puesta la máscara más pequeña del mundo, la que menos esconde, pero la que más revela. El payaso no es una interpretación, es y existe dentro de la persona. Lo que vemos en el escenario no es más que las cualidades de un ser humano específico potencializadas. La nariz, como máscara, otorga el permiso de reírse de sí mismo y buscar la complicidad en los demás con dignidad a través del juego.

La técnica es implacable, un clown deberá hacer uso de sus defectos y debilidades, reproducirlas y llevarlas al máximo apoyándose del vacío. Al ver a un clown en la calle o en un escenario, lo que realmente ves es una persona que ha

desnudado su alma, mostrándola a través del juego, y esa es la manera más sencilla y generosa de hacerlo.

En el mundo el clown ha escalado a niveles corporativos implementándose como parte de la cultura del bienestar. En México, la organización *Inhala* ofrece estos servicios a través de Fernando Córdova, con más de 15 años de experiencia y reconocido mundialmente por maestros en la materia y por sus alumnos, que aprenden la lección más valiosa: “si no hay placer, no hay clown”. Así que cada vez



Guerra (a clown play), de Fernando Córdova

que veas un clown, deja a un lado los arquetipos, recuerda lo mucho que confía en ti y que es vulnerable porque ha tomado su corazón y lo ha puesto en la punta de su nariz. 

Arely Domínguez G. (Ciudad de México, 1986). Mexicana, licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Nacional Autónoma de México y estudiante de El Claustro de Sor Juana. Creadora, escritora e improvisadora que alterna sus pasiones entre el teatro, la literatura y el cine de Chaplin. Se dedica a escribir para la publicidad, pero su vida son las letras como arte. Le gusta el color negro porque siempre va acorde a su humor.